



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora
DE PAPEL

El Porvenir
Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 28 DE JUNIO DE 2026

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

La franquicia encadenada

Los sueños y el engaño
Olga de León G.

La vida, mi vida, y la obra de Calderón de la Barca, y no sé cuántas vidas más son, y han sido, un sueño. Si hablara un poco o mucho con el lenguaje de Mark Twain, quizás pudiera engañar a mis lectores antes que pretender convencerlos de cualquier idea.

Tratando de ser respetuosa, contaré alguno de mis sueños, quizás logre empatar con las ideas o sueños de quienes me leen. Porque pienso que si tengo mis lectores, sean o no seguidores. Y eso es lo que me anima a escribir. Especialmente, cuando no me vienen a la mente muchas ideas sobre qué escribir.

Me parece que Mark Twain pensaba que es más sencillo atrapar con el engaño -con trucos o trampas del lenguaje- que con el debate sobre ideas, temas o hechos de la realidad. Y, a mí me parece que eso puede ser cierto, especialmente, si se hace desde el terreno de los sueños.

Me gusta soñar, creo que siempre, toda mi vida, desde muy pequeña, he soñado, y mis sueños son el hilo de la madeja que desenredo en cada línea que voy escribiendo. En el sueño y la contradicción, antítesis en lucha contra la tesis original, se va resolviendo el conflicto del “libre albedrío” y la predestinación. Sin libre albedrío no existiría el destino que es la causa original de una vida predispuesta e impredecible como la lucha entre el bien y el mal que conviven en el ser humano hasta que este se define y encuentra la razón de su ser y su existencia: el padre que teme perder su poder a manos del hijo; y el hijo que reniega de su padre para reafirmar su libertad y existencia.

No sé si mis sueños son solo míos, o los he heredado de la historia de la humanidad. Pero, sigo pensando e insistiendo en que, me gusta soñar. La vida es más bella cuando sale de sueños, que de una cruda y simple realidad o suma de hechos.

No creo parecerme en casi nada a Mark Twain ni a Calderón de la Barca, median entre nosotros varios cuatro siglos... O, he de admitir que, fueron verdaderos genios del pensamiento filosófico y el lenguaje que desde su barroco y romanticismo se adelantaron tanto a su tiempo que son pilares del pensamiento universal y de nuestro tiempo.

Me fascinan y las encuentro totalmente empáticas de mi pensamiento, las frases célebres que recuerdo de Mark Twain, como la de: “No discutas con un idiota, te rebajará a su nivel, y te ganará por su experiencia.”. “Las grandes per-



sonas son aquellas que hacen sentir a otras, que ellas también pueden ser grandes.”. “No abandones tus ilusiones. Cuando ellas se van, todavía puedes existir, pero habrás dejado de vivir.”. “He descubierto que no hay mejor forma de saber si te gustan las personas o las odias, que viajar con ellas.”. Y tantas más...

Entre mis primeros sueños, recuerdo siempre que soñaba ver eternamente a mis padres amándose y no discutiendo; lo cual sería no un sueño sino un engaño. Otro de mis primeros sueños fue recrear un mundo maravilloso, un mundo donde la paz era una condición de todos los días, en donde no existían las personas malas ni perversas. Y, sobre este sueño, me veía haciendo y diciendo frente a una gran

audiencia, que todos éramos buenos, inteligentes, bondadosos, y compartidos. Hasta que alguien de entre la multitud se levantaba y lanzaba una piedra hacia mí, para callarme: ese debió ser “un idiota”, en la categoría de Twain.

Del Barroco de Calderón de la Barca, “La vida es sueño”, es una obra maravillosa que ha sido ejemplar para muchos otros autores. Y sí, el solo título es sumamente inspirador, la vida es un sueño, o el sueño es un retrato de la vida.

Pero, es seguro e innegable, aunque no lo revelemos, que todos tenemos algún o algunos sueños secretos, de esos que jamás revelaremos. Yo lo tengo, por supuesto. Ese sueño -no realizado, por cierto- jamás lo revelaré. Me pertenece solo a mí. Y, está

conmigo desde mi adolescencia, casi pubertad: un anhelo de amor no realizado, por propia voluntad, por esa decisión de sobreponerlo todo al interés del conocimiento, a la intención de lograr estudios universitarios.

Y, esa intención fue muy fuerte, nada la doblegó, ni siquiera la pérdida de mi padre ni las dificultades económicas de la familia: para eso tenía la capacidad de aspirar a becas por excelentes calificaciones: No todo se logra en la vida; lo que sí, hay que atesorarlo. Nuestro libre albedrío tendrá que ser determinante en lograr ciertas metas. Y, este cuento de hoy, me parece que ha resultado ser mucho más que un engaño y se instala en el terreno de los sueños... Un sueño realizado.

Carlos A. Ponzio de León

Misericordia infinita

Abrumado, me dirigí al elevador y descendí los catorce pisos del edificio donde trabajaba. Salí a respirar el aire de la calle y caminar por la acera. Vi las noticias en los puestos de periódicos, los artículos en los aparadores de las tiendas de ropa, y me metí momentáneamente al café del hotel cercano donde a veces entraba para leer libros: teoría musical. Llevaba cuatro años estudiando ese tipo de materias de manera autodidacta, en mis tiempos libres, desde que supe que aquel momento que estaba viviendo ahí, iba a llegar.

Mi jefe me había citado en su oficina. Me anunció que se iba a la Secretaría de Hacienda, donde el nuevo Secretario lo había invitado a trabajar temas de combate al lavado de dinero. No me dijo que me estuviera invitando al nuevo trabajo. Fue distinto a lo que era su costumbre cada vez que cambiaba de puesto: llevarme con él. Pero su silencio fue una clave más que confirmó que era el momento esperado para mí.

En la Secretaría donde nos encontrábamos hasta ese momento, la situación era estresante desde hacía unos meses, luego de algunos ajustes del Presidente a su gabinete. Mi jefe cargaba en el bolsillo del saco con su carta de renuncia, para entregársela al nuevo Secretario en el momento en que se la pidiera. No iba a mostrarle debilidad o sorpresa: Estaba preparado para cualquier cosa.

Descendí en el elevador y anduve por ahí, caminando media hora.

La semana siguiente, estuve al tanto de la entrega-recepción del despacho de mi jefe. Repito, no fue que el Secretario de Desarrollo le hubiese pedido su renuncia, sino que mi jefe fue invitado a nuevo trabajo en Hacienda, relacionado con el combate al lavado de dinero.

Llegó el día de la entrega y firmamos papeles.

Mi jefe salió de la oficina, lo despedí frente a los elevadores y me metí a los baños. Mi miré en el espejo.

Contaba con varios sistemas de composición musical: uno derivado de la tradi-

ción de Bartók, otro por la vena que había desarrollado de manera personal mientras estuve internado en un hospital psiquiátrico, (donde, para decirlo con franqueza: Dios me había anunciado lo que ahora estaba viviendo), y otros sistemas musicales sobre los que apenas estaba sentando las bases.

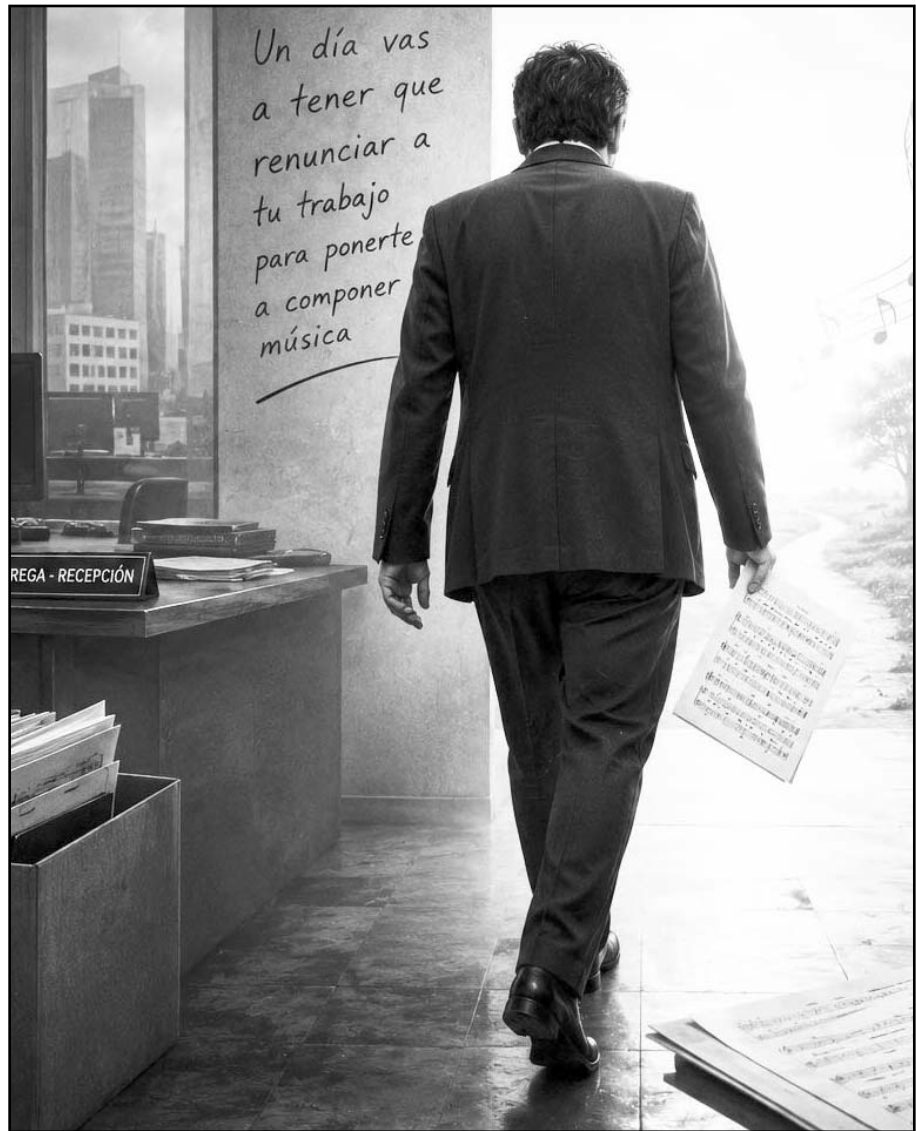
El trabajo en la Secretaría me ofrecía un buen salario. Podía aventurarme en la composición musical en mis tiempos libres. ¿O debía renunciar a mi trabajo para dedicar mi tiempo a componer música?

No contaba con una fuente de ingreso alterna, mi esposa dependía económicamente de mí, había acumulado ahorros para sobrevivir algunos meses... pero tenía mucha fe en algo: que mi camino trascendental en esta vida era algo distinto a lo que vivía en ese momento...

Me lavé el rostro, me sequé y me metí por el pasillo rumbo a mi despacho. Justo cuando iba a entrar, apareció un tipo nefasto... el enlace del Secretario con nuestro equipo: un hombre que no conocía bien su lugar en esta tierra y que juzgaba mal su propio valor como persona. “Nos quedamos solos, Carlos”, me dijo.

Cuatro años atrás, cuando yo había sufrido un evento psicótico que me llevó a estar internado en el hospital psiquiátrico, Dios me había dicho: “Un día vas a tener que renunciar a tu trabajo para ponerte a componer música”. Yo nunca había tenido aspiraciones políticas: no me interesaba el tema: era un tecnócrata, alguien que busca soluciones para problemas prácticos. Problemas poco comunes y quizás importantes, lo acepto, pero no estaba en donde los reflectores alumbran. Aquella hospitalización psiquiátrica prácticamente selló mi suerte: jamás aspiraría a un puesto de alto nivel donde los medios centran su atención.

Durante los treinta días de hospitalización, Dios me dictó música que yo escribía en papel pautado. Había tocado el piano como adolescente y siempre me había interesado la composición. Un profesor de música de una universidad regiomontana había animado mis aspira-



ciones, no como pianista, sino como compositor. Yo tenía catorce años. Pero pronto abandoné la carrera de música para estudiar economía, hasta que una década más tarde, sufrí un primer evento psicótico en el doctorado. Cometí el error de culpar a la economía de aquello y de su principal consecuencia: la disolución de mi primer matrimonio: un amor rebelde y juvenil. Lo comprendí en terapia hasta quince años después, (demasiado tarde para enmendar mis objetivos).

Perdí interés en la economía y volví a mis antiguos sueños, los de infancia y adolescencia. Siendo estudiante en Boston,

comencé por concentrarme en el complejo arte de la fotografía. El impacto fue enorme en mi vida. Abandoné mi aspiración de convertirme en académico y de regreso en México, me volví burócrata.

Supongo que todo esto influyó en mi decisión de aquel día en que despedí a mi jefe en los elevadores de la Secretaría. Me lavé el rostro, me sequé y volví al despacho. “Nos quedamos solos, Carlos”, me dijo el enlace del Secretario cuando nos encontramos en el pasillo. “Yo también me voy”, le dije.

Me lo jugué todo... Y todo... lo perdí.



HELEN ADAMS KELLER
(Tuscumbia, Alabama, 27 de junio de 1880-Easton, Connecticut, 1 de junio de 1968)

conocida como Helen Keller, fue una escritora, oradora y activista política sordociega estadounidense. A los diecinueve meses de vida sufrió una grave enfermedad que le provocó la pérdida total de la visión y la audición.[1] Su incapacidad para comunicarse desde temprana edad fue traumática para Helen y su familia, por lo que fue prácticamente incontrolable durante un tiempo.[2] Cuando cumplió siete años, sus padres decidieron buscar una instructora y fue así como el Instituto Perkins para Ciegos les envió a una joven especialista, Anne Sullivan, que se encargó de su formación y logró un avance en la educación especial. Continuó viviendo a su lado hasta la muerte de ésta en 1936.

Después de graduarse de la escuela secundaria en Cambridge, Keller ingresó en el Radcliffe College, donde recibió una licenciatura, convirtiéndose así en la primera persona sordociega en obtener un título universitario.[3][4] Durante su juventud, comenzó a apoyar al socialismo y en 1905 se unió formalmente al Partido Socialista.[5] A lo largo de toda su vida redactó múltiples artículos y más de una docena de libros sobre sus experiencias y modos de entender la vida, entre ellos La historia de mi vida (1903) y Luz en mi oscuridad (1927).[1]

Keller se convirtió en una activista y filántropa destacada; recaudó dinero para la Fundación Americana para Ciegos, fue miembro del Industrial Workers of the World[6] —donde escribió desde 1916 a 1918— y promovió el sufragio femenino, los derechos de los trabajadores, el socialismo y otras causas relacionadas con la izquierda, además de ser una figura activa de la Unión Estadounidense por las Libertades Civiles tras cofundarla en 1920. En 1924 se apartó de la actividad política para enfocarse en la lucha por los derechos de las personas con discapacidades y realizó viajes por todo el mundo ofreciendo conferencias hasta 1957. Por sus logros, el presidente estadounidense Lyndon Johnson le otorgó la Medalla Presidencial de la Libertad en 1964.[7] Desde 1980, por decreto de Jimmy Carter, el día de su nacimiento es conmemorado como el Día de Helen Keller.[8] Su vida ha sido objeto de variadas representaciones artísticas, tanto en cine, teatro y televisión, destacándose particularmente The Miracle Worker.

ad pédem literae

¿Por qué contentarnos con vivir a rastras cuando sentimos el anhelo de volar?

Helen Adams Keller

Letras de buen humor

Actuar es fácil, pensar es difícil; actuar según se piensa es aún más difícil.

Goethe